



CONSEJO  EDITORIAL

Prosas olvidadas

Estampas y recuerdos

Rafael del Río

Prosas olvidadas
Estampas y recuerdos

RAFAEL DEL RÍO

- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
© Secretaría de Cultura
© Consejo Editorial del Gobierno del Estado

Prosas olvidadas

Estampas y recuerdos

Rafael del Río



Cuauhtémoc sur 349
Saltillo, Coahuila

Esta obra es publicada sin fines de lucro
y su distribución será gratuita.

Enero de 2019

Impreso en Saltillo, Coah., México

Presentación

FOMENTAR LA LECTURA es una responsabilidad social, por ello dentro de las acciones que el Gobierno del Estado lleva a cabo está la del fomento continuo a la lectura, en la que ha participado muy activamente el Consejo Editorial del Estado con la publicación de la Colección Clásicos de Bolsillo, que ya tiene dos emisiones con 10 títulos de autores de fama universal.

La tercera emisión de esta Colección está dedicada a cinco autores coahuilenses, con señalados méritos en la literatura de nuestra región y figuras importantes dentro de la cultura en el estado, por lo que el nombre sufre una variación: Colección Clásicos Coahuilenses de Bolsillo, que incluirá textos poéticos y narrativos de Manuel Acuña, José García Rodríguez, Rafael del Río, Felipe Sánchez de la Fuente y Julio Torri.

Así, el gobierno de Coahuila brinda a las nuevas generaciones la oportunidad de deleitarse con las

creaciones literarias de estos coahuilenses de letras de los siglos XIX y XX, creaciones que son el espejo del tiempo en que vivieron. Leerlas nos permitirá ponernos en contacto con lugares, personas, costumbres y experiencias de aquellas épocas.

Miguel Ángel Riquelme Solís
Gobernador Constitucional
del Estado de Coahuila de Zaragoza

*A mis padres:
Dn. Luis del Río y
Dña. Josefa Rodríguez*

A mis hermanos.

*A Luis Felipe del Río
y María Rosaura Cortés*

Al señor Dn. Rubén del Río

Y a la memoria de Mario Rodríguez G.

*J'ai plus de souvenirs
que si j'avais
mille ans.*

[Tengo más recuerdos
que si tuviera mil años.]

BAUDELAIRE

Introducción

ES ÉSTA UNA PUBLICACIÓN que reclama palabras dilucidatorias, pues su contenido obedece más que a un afán de enriquecer el acervo literario de nuestro estado o de contribuir a un propósito de divulgación cultural, al deseo egocentrista de preservar y proteger contra la acción del tiempo, los testimonios que la constituyen, y que por ser el producto de ejercicios literarios inspirados en modelos del momento y en pasajes y climas autobiográficos, más que de otra cosa, merecen a mi entender, tal especie de protección.

Debo advertir, sin embargo, que la decisión de recoger aquí dichos trabajos, que son en realidad una suerte de poemas en prosa, fue objeto de prolongada consideración previa, pues no desconozco que la mayor parte de ellas tienen un carácter acentuadamente personal y divagatorio, despojado de toda virtud y substancia que les puedan conferir una debida validez.

Añadiré también, que la mayor parte de las prosas fueron publicadas hace muchos años en la página cultural de un periódico local creado y dirigido en aquel entonces por el siempre entusiasta y culto amigo *Óscar Flores Tapia*, quien además de ser un fecundo escritor de vena histórica y acento jovial, ocupa hoy por hoy una honrosa curul en el Senado de la República, y que sólo el hecho de que en este año se ha venido conmemorando el Cincuentenario de la muerte del gran poeta *Ramón López Velarde* [1971], con cuya obra guarda intención y similitud el modesto espíritu de estas “estampas y paisajes”, puede justificar el que aparezcan en edición.

Me importa señalar sobre todo, que los tres primeros trabajos que se incluyen en el volumen a más de ser inéditos, se diferencian claramente del resto del libro por reflejar un lirismo casi enfermizo por morboso, y una actitud espiritual que sólo puede justificarse si se considera que es el reflejo del entusiasmo de un joven que hacía los primeros descubrimientos de un mundo de autores modernos, distante y ajeno a la tradición clásica en que se había nutrido inicialmente, y de la sorpresa que tales hallazgos le produjeron.

Júzguense, pues, estos trabajos, dentro del marco de referencias que he señalado, considerando que la intención del autor es primordialmente salvarlos del olvido y no de un juicio necesariamente benévolo, de quien tropiece con ellos.

Rafael del Río
Saltillo, Coah., 1971

Unas letras a *Juan Ramón Jiménez*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: tú no has hablado en el desierto. Acaso un poquito –lo necesitas para hacerte oír– “in partibus infidelium”; pero nosotros te hemos escuchado y por ello nos sinceramos. Delante de ti y delante de nosotros y nos confesamos pecadores de la culpa de oírte. ¿Qué habría sido si no?

En realidad yo tenía una deuda por saldar para contigo: la de no haberte conocido a tiempo; pero me aligeraba la conciencia un escrúpulo: yo te adivinaba, y adivinarte era ya sentirte de “casa”. ¿Se disgustará *León Felipe*?

A veces pienso: si no existiera *Juan Ramón Jiménez* el cielo de *Moguer* no reverberaría tan espléndido y la pobre poesía andaría descentrada vagando por los campos inútilmente verdes, sin encontrarse ni aún delante del terso espejo del riachuelo; se pondría a desflorar margaritas pensando en él y acabaría por aburrirse soberanamente como *Narciso* delante del agua turbia.

Lástima grande que tengas que irte y que el pedacito de tierra que debes comer se encuentre ahora tan removido, es decir, tan inalcanzable. Le diré a *Teresa de la Parra* que te lo dé en su mano: tomaría un sabor muy otro.

Ya me estoy haciendo la promesa de conservarte presente siempre –*Georges Duhamel* te destinaría al “frigidaire”, pero creo que no va a ser necesario porque ya te hemos conocido bastante; eso se deja para quienes no tuvieron tiempo de enseñarnos y decirnos lo que traían consigo: que lo digan si no *López Velarde* o *Gutiérrez Hermosillo*.

Juan Ramón Jiménez: esta es la moneda espiritual con que correspondo a tus munificencias. Acéptala en cambio de la exigencia de esperar tu voz desde tan lejos.

Propósito a *Francis Jammes*

YO ME PREGUNTO CÓMO serías, *Francis Jammes*, y me plazco en imaginarte tal como a ti te gustaría: en un ambiente de mediodía –mejor en julio o en agosto para estar saboreando lechosos higos, jugosas ciruelas, rubicundos duraznos y frescas fresas– en una penumbra de postigos. Nublado o ligeramente en tu estancia. La enorme pipa de ébano –¡tu pipa habitual!– sobre la mesa de roble, y a tus pies, somnoliento, un perrazo, pastor alemán o San Bernardo, compañero fiel de tus andanzas campiranas, o bien, en una tarde de ventolina, caminando a lo largo de rumorosas alamedas con un libro bajo el brazo, la barba al aire –rubia– y unas nubes color de ceniza hacia el poniente.

Pero seguramente tal imagen no corresponde a la realidad de tu persona, por más que algunas coincidencias que señalan lo que prefieres, se agrupen en tu torno y contribuyan a dar sentido a tu vida: la propia pipa, tu mansión rústica, tus queridas soledades y tu pronunciada afición a poetizar.

Es natural que siendo como eres, *Francis Jammes*, viviendo en una claustral reclusión –de escondidas– entregado a la contemplación de tu mundo interior –mimetismo de tu vida exterior–; sintiendo de cerca la formidable palpitación del medio que te rodea: tus árboles, tus cultivos predilectos, tus noches rústicas –*Gabriel Miró* no habría desdeñado una invitación tuya a charlar en el patio bajo la luna o al calor de la lámpara de tu alcoba– pobladas de grillos, de lechuzas, de murciélagos; es natural, digo, que tu voz nos traiga en sus cálidas elocuciones, algo de paraísos entrevistos en sueños, de bucólicas añoranzas, a la hora en que –¡oh alma errante de *Alberto Samain!*– en las encrucijadas vibran lúgubres aullidos de chacales y tristes ladridos de mastines a una luna fantasma.

Porque es por demás cierto que una extraña influencia astral preside nuestras vidas y regula el ritmo de nuestros corazones, encendiendo mutuas simpatías que tramontan los espacios y surcan los tiempos ligando indefectiblemente afectos y sensaciones en un abrazo que va más allá de la noción de esos valores, ¿qué de extraño tiene entonces que en una ocasión, aunque sea la menos propicia, en un día, si se quiere el menos a propósito,

y en un lugar, no importa que no sea el indicado, tome entre mis manos un volumen cualquiera de los tuyos para entregarme, en un ensueño prolongado, al paladeo de estas evocaciones?

Mañana como ahora y como siempre, en la pauta monótona del tiempo surgirán nuevas canciones y nuevos corazones palpitarán urgidos por idéntico anhelo al nuestro; pero la canción que ya ha salvado el tiempo y el olvido, la que por ser muy tuya es más de nosotros, seguirá sonando en nuestra memoria con el remozado fluir de nuevas emociones, y en el momento del cansancio material —¡*Charles Guerin!*— iremos a trasponer el umbral de tu puerta, que un viejo pino sombrea, para estrechar tu mano cálida, fuerte y campesina y alejarnos después hacia las playas inexorables.

Gabriel Miró

VOY A ESCRIBIR ALGO sobre *Gabriel Miró*, ahora que, *¡Alfredo Maillefert!*, he vivido exquisitas horas bajo su dulce advocación; que pasajera, tristemente, he gozado fugaces momentos de solaz espiritual bajo el cielo límpido de una villa solitaria, en una tarde dorada, pensativa, de otoño. Que he contemplado de cerca aquello que tanto le encantó, que fue él mismo: un misterio de patios anchurosos, soleados, donde un brocal o una artesa olvidan sus musgosos canjilones y arcaduces bajo la sombra exigua de los emparrados o de las empalizadas marchitas, y hay una algarabía de muchachas provincianas en un ambiente de luz. Tarde de currucas, de sol rojo en un atardecer impreciso, de mansedumbre infinita que inmoviliza el campo, los recodos y los parajes olvidados, las callejas polvosas y retorcidas y los huertos claustrales de insinuativa y célibe elocuencia. Portalones que encierran graves melancolías y sobre los que el tiempo ha dejado sus tisis lastimeras. Tarde de sufrimiento en la que se arrastra, como la seroja el viento de noviembre,

una calma letal que arroba el alma en místicos deliquios.

Voy a escribir algo ahora que he visto por una ventana entreabierta, recogido en su mutismo, un anciano o una señora austeros rodeados de penumbrosos y afelpados muebles, entre los que se ha de respirar, al abrir el vetusto arcón, un enfermizo olor de alcanforinas o –¡ensoñación romántica!–, perfume de pétalos marchitos en la sombra del encierro. Que he visto, bajo las frondas de los *fresnos mancos*, los *dignatarios de cúpula oronda*, al decir del otro gran poeta de provincia, *López Velarde*, en la plazuela silenciosa, cómo cae lentamente la sombra del crepúsculo sobre el follaje agitado por las últimas brisas de la tarde.

Necesito escribir algo sobre *Gabriel Miró*, ahora que también me ha arropado la absoluta melancolía de una noche con estrellas y lejanos ladridos de mastines, como aquellas que en su encantado *Levante* tan golosamente vivió.

El Calvario

ESTÁ CASI AL SALIR de la ciudad. Mejor dicho, está lejos de la ciudad: frente a la estación de los Ferrocarriles, sin embargo de no conservar con ella ni relación de arquitectura, menos de significación temporal: ésta, lo que se va, lo que pasa, lo que cambia; aquél, lo que no muda, lo que se queda, lo que siempre está allá.

Y desde mi infancia que lo conozco, que lo visito, que lo quiero; y creo que precisamente es mi niñez lo que me liga más a él.

Cómo recuerdo clara, vívidamente, aquel tiempo en que, ignorante, sandio, lo rehuía. Era entonces cuando mi insojuzgable, cuando mi escurridiza inclinación de rapaz libertino y perverso me llevaba rumbo al campo, a los sitios y lugares de diversión, en lugar de aquellos del camino recto.

Viven todavía en mi memoria las tardes sabatinas en que, bajo la escudriñadora vigilancia de las hermanas catequistas, el evangelio, la doctrina, se repetía y se volvía a enunciar en un susurro de voces que adormecían el ambiente como

en las siestas veraniegas, de los brescales se riega y levanta en prolongado y arrullador rumor de hélitros.

Y también sobre las paredes que circundaban el viejo edificio de la iglesia y por entre las ventanas de sus muros, el cabrioleo, el atalayamiento de las huestes que se empeñaban en una pedrea inmisericorde; pero tras el ejercicio espiritual, qué sabor más agradable el de las golosinas a trueque de méritos. ¡Al salir en filas, el premio a la dedicación, al buen comportamiento, al eficaz aprendizaje del silabario y del catecismo!

Cuando me solazo en tan dulce rememoración, reviven y palpitan como acurrucados en los manises de las vetustas paredes, a lo largo del gran patio intermedio, los ecos bullangueros de los infantiles regocijos que remozan el alma, con la frescura edificante de una tarde de chubascada.

El Fortín Carlota

NO RECUERDO HABERLO visitado más de una vez, pero esa ocasión se quedó tan grabada en mi mente, que me parece verme aún remontado sobre las troneras, bajo el cielo diáfano de una mañana azul, primaveral.

Fuimos en paseo escolar –aquellos asuetos tan anhelados por nosotros, mis compañeros, porque podíamos retozar libres en el campo, con la inherente satisfacción de echar a vuelo el pensamiento y nuestras minúsculas alforjas–, ideando excursiones a sitios lejanos y difíciles, transpuestos los polvosos aledaños de la ciudad. Ya al aire, la campiña era nuestra y roto el rigor disciplinario de la fila, nuestro también el sol, el día y la mañana misma.

Corríamos en desbandada o en grupos que la inclinación y simpatía ordenaba instintivamente. Ya no recuerdo el camino que seguimos para llegar hasta el *Fortín*, el épico y glorioso *Fortín Carlota*, desde el que, en una tarde lejana y extraña, sin duda, los viejos cañones, empotrados después en calles y sitios céntricos de la ciudad en rememorante

homenaje, defendieron airados la posición contra la invasión enemiga.

Ya no queda de ese *Fortín* más que el recuerdo hecho jirón pétreo sobre el cabezo que se levanta por el valle, del lado del Rastro, que nunca he visitado, y que en su grave eminencia domina, atalayante y fiero, el regio panorama de la ciudad agazapada ante sus pies, y lleva en un vuelo de distancias los ojos fugaces hasta los lejanos confines, donde se funde en matices delicuescentes el perfil borroso de las sierras con el amplio cielo siempre azul y la tierra verdegueante y adormida.

El Cerro del Pueblo

EL *CERRO DEL PUEBLO*, el triste y pequeño *Cerro del Pueblo*. Cómo me deleito en su contemplación porque con ella, con esa contemplación, se agita el acervo naciente de mi vida; y es que cuantas veces me alejé, por algún motivo, de mis lares queridos, mi última mirada al partir y la primera afanosa, al regresar, fue para él, que se quedaba vigilante, fiel, al lado de mi ciudad, junto a los cementerios, el viejo y el nuevo, acusando la presencia del terruño a la manera de un semáforo gigante.

Y qué voluptuosamente he contemplado en ávida mirada, desde su enhiesta cima, el vasto panorama de mis campos tutelares. Trepano dificultosamente por relices y laderas abruptas, llegábamos hasta su cumbre y ya acomodados sobre las crestas enormes y rojizas de los peñascos que la forman, saboreábamos larga y deleitosamente el espectáculo azul y verde del horizonte y de la ancha vega sativa. Nuestros recreos infantiles de asueto escolar transcurrían felices en su contorno correteando montaraces y libres por todos sus rumbos.

Como a la antigua *Huilota*, adonde íbamos también de paseos camino de *San Luisito*, el conocido barrio por el rumbo de *Topo Chico*; como al *Puente Moreno*, por *San Lorenzo* y la vieja estación del Ferrocarril; como a la *Guayulera*, por el lado de *las huertas de Moreno*, en el escondido ancón que mi padre arrendara una vez y cuyo único recuerdo se me traduce en un estatal y un teodolito, resabio de mis experiencias agronómicas y como al *Fortín Carlota*, finalmente, por el *Rastro* y el Puente de *Tacubaya*, siempre recordaré ese agreste *Cerro del Pueblo* porque en él, como en los otros sitios mencionados, viví horas dulces y nostálgicas de limpios paseos escolares.

La trilla

ES JUNIO. SOBRE LOS campos que el sol mortecino tuesta mansamente, ondula la dorada mies que al soplo suave de las brisas cálidas, se doblega larga, rumorosamente.

Ingrávidos, como en el cuadro refulgente del *Divino Sembrador*, los gavilleros se encorvan profundo hasta la mies. Brilla al aire la tajante hoz y surge rápido el coruscante corte que ilumina, fugazmente, el calmado ambiente de la tarde.

Llegó el tiempo de la siega, la poética siega: la siega de *Ruth* y de *Bhooz*. Las parvas se adormilan consentidas en la era, y tras el absoluto corte, empieza la máquina zumbadora y chirriante a trillar el rico cereal.

Tras de las alquerías cercanas, toca el turno a la nuestra y allá vamos, puntuales, a la tradicional misión.

Blancos de polvo y renegridos por el sol fuerte de junio, ayudamos a transportar las gavillas, y ya es vena de oro la que fluye envuelta entre negro polvo, o ya leve trigaza la que vuela ligera por la boca de la tronera.

Después, en las claras noches de estrellas y de luna, maromeamos resbalando desde lo alto del pajar y acostados al fin muellemente sobre los montoncillos que lo circundan o lo delimitan, soñamos:

–Cuando grandes, trillaremos toda la mies de la comarca.

Enramada

HACE UN AMPLIO SILENCIO por la huerta. Los rayos perpendiculares del sol estival tuestan suavemente la copa de los árboles y cabe la enramada de los membrillales que bordean la fresca acequia, descansamos el sordo sopor de la siesta.

Se escucha el zumbar monocorde de la respiración de los dormidos, que en un paraje cercano rinden idéntico cansancio trasnochado de la fiesta religiosa y profana anual y familiar de la víspera.

Se vapuleó bien duro por la noche y ya al alba siguió el regocijo de verbena en un fandango desordenado. Ahora se desquita el ajetreo.

Por entre las ramas altas de los árboles se desliza, tamizado, el sol que sobre nuestros cuerpos cuadricula y recorta en un muelle balanceo, amarillos manchones, conforme al movimiento de las hojas.

Nosotros cuchicheamos.

La vida debe ser renunciamiento y plenitud; renunciamiento en plenitud de dádiva; sólo así

resulta congruente el significado de nuestro discurrir y sólo así podemos dulcificar nuestra maldad.

Sigue agitándose en lo alto la fronda con un murmullo arrullador, y nuestras palabras se van hacia el azul, hacia el cielo, que la enramada deja adivinar apenas.

La recolecta

TODAS LAS MAÑANAS nos levantábamos tempraneros, prestos, a recoger en la huerta grande, bardada, de adobe sin jalbegue, la fruta que el viento de la noche —largo, rumoroso, a las veces violento— derrumbaba de los árboles esquilmeños.

Amanecían maceradas, sucias de tierra o lodo, dispersas en los bancales, las sazoadas pomos, los lustrosos perones, los duros membrillos que ya no podían resistir el fuerte sacudimiento del alisio nocturno, algunas veces acompañado de furiosa lluvia que en los sobradillos y azoteas tamborileaba plácida si no monótona, silbando entre las copas de los árboles próximos a la casa, o en el vértigo de la espesura de las frondas cercanas.

Morral al hombro, atravesábamos los surcos resbaladizos de los cuadros donde crecían en armoniosa simetría los diversos frutales, entre la humedad de la hierba y las plantas silvestres, evadiendo cautelosamente las ramas cargadas de rocío o dejando que ese limpio frescor nos sacudiera el rostro, mientras entonábamos alegres sonatinas y disparatábamos jovialmente.

Ya en el alto día y bajo el tórrido sol de un cielo despejado y veraniego, nos encaramábamos sobre los árboles para efectuar la general recolecta de la cosecha, que se mostraba ubérrima y pujante o en la ramazón de los arbustos que colgaba al suelo bajo el agobio de tan dulce carga, o tomábamos directamente desde el suelo, las frutas incitantes.

Heridos o rasguñados por el esfuerzo para alcanzar algún producto distante o escondido entre el ramaje, descendíamos, sin embargo, complacidos y alegres, exhibiendo nuestra carga en un afán de mostrar la superioridad o calidad de nuestras conquistas.

Bochorno

ESTAMOS ACOSTADOS sobre el suelo duro, contra el borde de la acequia que ahí, frente a la masía de *Donato*, el mediero, se quiebra y borbotota en cascada rumorosamente.

La sombra fresca y amparadora de las higueras atestadas de fruto que negrea, y las ramas multiplicadas y colgantes de las moreras, traen hasta nuestras manos el anhelo que es realización y colmo con levantar el brazo.

Hemos saboreado largamente el regalo y ya tenemos los dedos de las manos mojados, rojos de la sangre de las moras y ríspidos los labios con la leche ardiente y ambarina de los higos.

Se descarga sobre el ambiente sofocante de la hora el bochorno de julio y así, muellemente recostados, contemplamos cómo lentamente, sobre el perfil nítido de las cordilleras lejanas, se levantan pardos nimbus que en alguna parte de la sierra negrean ya de agua.

Sobre el campo y bajo los árboles, las reses descansan igual fatiga del mediodía, y ya es la

mansa y mugidora vaca la que rompe el silencio con sus prolongados y lastimeros bramidos o es el gallo arúspice el que, bajo el cobertizo miserable de espadañas que lo ampara, agita ruidoso sus alas y perfora grávido la hora con sus estruendosos *ki-ki-ri-kis*.

En el colmenar del huertecillo vecino, cubierto de densas lianas y madreselvas, el enjambre taladra monótono la siesta caliginosa.

Ya se ciernen sobre nosotros los bajos nubarrones de estío y el sol, en pausas deleitosas, aparece y desaparece intermitentemente a nuestra vista. Una fresca y súbita brisa cargada de humedad agita las frondas del contorno y luego, tras las primeras grandes gotas de agua que efervecen la tierra, sentimos todo el peso del bochorno precursor de la lluvia.

Nuestro perro, anhelante, se levanta, bebotea en la acequia y sumiso, callado, se vuelve a acostar a nuestros pies.

El huizache

FRENTE A LA CASA, la vieja casa solariega de adobe crudo, en la masía del abuelo, se levanta airoso, vetusto, rompiendo el suelo con la pujanza de su raigambre secular. Bajo su ancha sombra nos hemos cobijado en momentos de solaz más de dos generaciones, y su corteza resinosa, agrietada, fue siempre tentación por estillarla y extraer del grueso tronco, la untuosa goma agria que escurría, amarilla o rojiza, pletórica de hormiguillas.

Hubo tiempo en que lo utilizamos como muelle columpio, y aún recuerdo aquellos afanes por trepar a sus rugosas y altas ramazones para sujetar el cordel, afrontando el miedo de caer porque su áspero tronco no ofrecía ningún punto de apoyo para ascender o descender. Cuántas veces nos descolgamos a pulso de brazos, con las piernas sangradas, pero contentos de haber podido contemplar el panorama próximo desde su copa, rumorosa de nidos de gorriones y urracas, las azoteas de la misma casa de campo, con frecuencia utilizadas para secar el fruto de las calabazas, que

sobre ríspidas aspilleras o rígidas zaleas brillaba al sol sabroso e incitante.

Tras la fatiga de nuestras caminatas por el campo, en los largos días del verano, entre el ignívomo rigor canicular, nos sentábamos a descansar bajo su falda y por las noches, mientras lejos croaban las ranas en charcas y regatos, después de las lluvias rápidas de la estación y en los matojos chirriaban monótonos los grillos, contemplábamos sobrecogidos el esplendor del cielo o la luz de la luna que matizaba el ambiente, mientras la sombra del huizache yacía en nuestros cuerpos.

Las trancas

SE LLEGA HASTA ELLAS por un estrecho sendero bordeado por una acequia cubierta de macizos de ciruelos, magueyes y durazneros, y las labores y amelgas de la huerta nueva. Y es tan estrecho ese sendero y tan profusa y enmarañada la vegetación que cubre el tramo, que durante el estío es necesario doblegar las ramas de los arbustos que se extienden sobre el paso o levantarlas cuidadosamente, para poder avanzar. En invierno, en cambio, el trayecto es sólo ramaje desnudo, escuálido y crujiante que razga y hiere al descuido.

Al final del sendero y divididas por las trancas, se tienden una ancha explanada, eriales baldíos y labores vecinas, hasta perderse en el borde del arroyo grande que por aquella parte sigue su curso tardío, surcadas todas por viejos y resinosos huizaches, que es el árbol que predomina en estos rumbos.

Para mí aquel sitio abierto al aire tiene un subyugador encanto. De mañana, temprano, placiame sentarme sobre los retorcidos y largos

troncos pulidos por el tacto y roce continuo, porque desde ese punto se dominaba un amplio paisaje coronado por el cuerpo distante de las sierras y por el campo sembrado de diversas plantas y cereales.

Las rancherías cercanas se adivinaban entre los árboles verdegueantes y en tiempo de novenario, la ermita del lugar llevaba hasta aquel sitio con alegre novedad su sonoro llamado, que entre el viento matinal o en la calma dorada de la tarde, sonaba místicamente sano.

El estanque

NO CRECEN LOTOS, ni orquídeas, ni victorias regias en su superficie o en sus altos, abruptos, recortados bordes. Se formó y ha extendido sus brazos a manera de un enorme infusorio a fuerza de sondearlo para limpiar el légamo y el lodo acumulados con el tiempo sobre su resbaladizo, moviente fondo, que el estrago de las pezuñas de los animales que llegan hasta él para calmar su sed, acentúa cada vez más.

Está sin embargo, poética y risueñamente situado porque lo circundan viejos y frondosos árboles, dentro de los cuales un sauce legendario descuella, y porque a lo largo de sus márgenes sinuosas crecen, erectos y cimbreantes, verdes tules y enmarañados líquenes, y por sobre el borde alto una profusión de coyoles de grandes hojas y sangrantes flores grana, lirios blancos e inmaculados alcatraces, a más de sarmentosos rosales de pétalos amarillos, rojos y blancos, que cubren habitualmente las rizadas aguas del estanque con sus hojas muertas y con los corimbos de los álamos y sauces circunvecinos.

Cuando los animales van, caída la tarde, a abreviar en él, se adentran sitibundos a los medios hundiendo sus firmes cascos hasta la rótula en el blando cieno verduoso, y al resoplar las briznas que el viento y el polvo depositan sobre sus aguas, van formando con su fuerte aliento graciosos semicírculos que avanzan como pequeñas olas de un mar en miniatura, hasta deshacerse contra el reborde, como contra un acantilado.

Sí que este estanque, perdido en un extremo de la huerta grande y como formando un recodo irregular, es un trasunto de romanticismo, de esas láminas coloreadas que adornan los libros de cantos dorados y suspirantes de aquel también dorado siglo diecinueve.

Higueras

SIEMPRE HE SENTIDO por las higueras una especie de amor filial. Desde mi niñez me encantaba trepar por sus ásperos y rugosos brazos para mecirme en las ramas crujientes, adormecedoras como voluptuosas hamacas, y en lo más alto de ellas maniobrar pizcando las brevas más inaccesibles y hurañas.

Esta atracción inconsciente obedece, sin duda, a la proximidad de estos árboles al medio ambiente en que me moví desde mis primeros años, o a la abundancia de ellas en el paisaje que me era común: las huertas junto a mi casa, en el traspatio, o el campo en que se desarrollaron esos primeros años míos.

Y siempre me ha parecido bello aunque es el más humilde de los árboles, pues no cabe duda que tiene cierto aire proletario. Ni el álamo con sus majestuosas y rumorosas enramadas, ni la hoja verdinegra, menuda y apretujada del cerezo silvestre, ni la flor rosada del durazno, ni la blanca floración del manzano, me parecen tan dignas como

la higuera verde, cenicienta, enteca, maternal, que cuando se recubre de hojas, de frutos, ostenta ampulosa y amable la textura sin igual de su caprichosa ramazón, el apetecible toldo de su sombra amparadora y su sabor montaraz y salvaje.

Recuerdo cómo, otrora, cubrían más que discretamente aquel recodo natural que utilizábamos como baño, sobre la acequia grande del rancho de nuestros tíos, otro lugar donde transcurrieron igualmente días infantiles y de nuestra adolescencia, permitiéndonos disfrutar del fresco chapuzón y del helado y cristalino líquido, al protegernos con su tupido follaje contra las miradas de los escasos transeúntes del campo.

Recuerdo también cómo trepábamos entonces, resortera en mano, sobre las higueras, buscando los breves gorrioncillos, los minúsculos saltapared, los verdines pequeñitos que levantaban entre sus copas sus escondidos nidos, o bien espiando desde los estratégicos nudos de sus brazos, las dulces tórtolas o los faisanes ágiles, para seguirlos de árbol en árbol, en despiadada persecución.

El portal

FUE UNA MAÑANA luminosa de julio que lo visité por primera y quizá última vez, puesto que muy pocos motivos podrá haber para volver *al Portal*, una risueña alquería cercana a la casa de campo de nuestros abuelos y con un vínculo sentimental estrecho con ella, como con otros lugares del rumbo, cuyos solos nombres evocan en mi memoria muchas correrías campestres.

Por entre la sombra temprana de los álamos que marcan el camino y atravesando maleza de mezquites y huizaches, llegamos hasta el sitio deseado en el desempeño de una misión inquisitiva: las muchachas, responsables de nuestra atención y guarda de cocina mientras permaneciéramos de vacaciones en el rancho, demandaban ayuda de gente hecha a los menesteres de la casa.

Frente a un bardal florido, rampante de hiedra, correhuela y claveles, y tras un puente que salva la acequia común de las heredades aledañas, así como de la nuestra, se hallaba una humilde casa de adobe, morada rústica que ostentaba la usual fisonomía

de las habitaciones campesinas, aunque en el caso se destacaba por un propósito de limpieza y atuendo, relujando detalles con ruda coquetería: tierra fresca, patio e interior, de agua recién regada, macetones improvisados en tinas y botes colgantes de las paredes y la ventana de carcomidos barrotes, adornada con la imprescindible jaula de rojos y vivos cardenales y canarios.

Un anciano verborreico y herpético nos narró con la proverbial bonhomía del hombre de campo, durante nuestra breve estancia en el lugar, su larga vida de recluimiento, su tenaz y fiel servidumbre a los viejos propietarios de la finca y de la heredad, y con el dejo nostálgico y simplista de tan primitiva vida, alguna anécdota distante que escuchamos con atención reverente.

Inolvidable impresión de mañana nueva. Al regreso, por las húmedas veredas invadidas de hierbas silvestres, nuestros pies arrastraban la alegría de un momento feliz, distinto.

Perfecto

TRASCENDÍA AL FUERTE olor de los corrales, de las caballerizas, del estiércol de los pesebres, como que era el pastorcillo, el que cuidaba las mansas cabras, el pequeño rebaño del tío *Donato*.

Con él íbamos a los cerros próximos, a las llanadas vecinas, al arroyo de escarpadas orillas y pedregosas prominencias en su profundo y ancho cauce, a la resbalosa partición que dividía las aguas de riego por estrechas acequias, recubiertas y lamosas, que llegaban hasta los campos cercanos; y con él escalábamos esos áridos cerros, afanosos de recoger las flores de los cactus, de los nopales enanos y de las pitayas de morados y pequeños frutos, y de afrontar el riesgo de un súbito y azaroso encuentro con algún reptil agazapado entre las piedras u otra alimaña igualmente repugnante y peligrosa.

En la tarde, a la hora del crepúsculo, por las veredas polvorientas cuando la sequía o verdegueantes en la estación de las lluvias, en el regreso a los rediles, mientras el rebaño se demoraba

ramoneando en los chaparrales del camino, nos demorábamos también cantando alegres tonadas o pidiendo a *Perfecto* que lo hiciera él ya que sabía interpretar con el sentimiento íntegro y nativo del campesino, querellas vernáculos, trágicos corridos o viejas seguidillas que repetíamos con gusto o coreábamos con largas carcajadas.

Con el tiempo la ciudad se lo llevó y nunca más volvimos a saber de él. Sin duda no supo resistir la tentación de su llamado, como no ha sabido hacerlo tanta gente del campo que desgraciadamente sinonimiza con error, la civilización con la felicidad.

El peón

SE LEVANTA A LAS CINCO de la mañana entre el frescor de las brisas de la madrugada y el húmedo relente de la noche. Su deber está sobre la comodidad de su morada y, tipo del viejo y noble peón, su perfil taladra el aire matinal y se destaca sobre la fumosidad del alba, en medio de la labor o del maloliente pesebre.

Yo lo he visto, transido de campo y de bruma, iniciar su diaria faena canturreando melancólico desde el sembradío o en el atajo hasta donde va a soltar las reses para su matutino pastar. Después, a la caliente hora del mediodía, sin toldo al qué acogerse, surcar mancera en mano la agreste sementera y taladrar impertérrito la dura y rugosa corteza de los huizaches o la blanca carne de los álamos, en la faena de limpieza de las tierras para cultivo.

En la paz serena del tramonto nos ayuda a conseguir la almibarada miel del tallo de los magueyes, extrayendo con un largo guaje hendido, del secreto depósito, el dulce regalo que bajo la

techumbre vacilante de su cabaña saboreamos complacidos.

Ya en la noche y frente a un cielo aterido de luces refulgentes, departimos en su compañía sobre endriagos, aparecidos, trasgos.

Burreros

LLEGAN A LA CIUDAD sudorosos, cenizos, blancos de polvo y ennegrecidos por el sol. Infatigables, vuelan, corren, azuzan trota que trota, tras los pollinos indolentes.

Y ¡cómo silban, gesticulan, blasfeman! A su paso se abre el tráfico, se arma el vocerío, se precipita la confusión. Coléricos fustigan el desbarre, el retraso de la bestia y rasga el aire un frenético chasquido que castiga con rígido acicate el anca resbalosa del animal.

Al alba, qué recóndito ancón del campo les proporciona la carga, les provee del forraje que llegan a entregar ¿Qué espalda corva y qué alígera hoz siega la hierba que acarrearán?

Son románticos a fuerza de ser realistas. De bronce, tostada la piel del rostro, surcan los polvosos caminos, y apresuradamente, tullidos y bamboleantes los animales, vienen hasta las puertas de la ciudad que encierra dentro de sus muros impenetrables, el egoísmo, la inquina que la rudeza de sus vidas y la dureza de su responsabilidad desconocen e ignoran.

El huertecillo

HACE AÑOS QUE NO LO VISITO, pero debe de estar seguramente igual. Posiblemente más bello, porque ciertas cosas abandonadas a sí mismas, nos sorprenden cuando las observamos de nuevo, tras de mucho tiempo, con un encanto imprevisto: el de la crisálida que en las moreras, por ejemplo, en una metamorfosis prodigiosa, transforma níveos capullos en áureas mariposas.

Tenía la gracia singular de la sencillez porque no era profusión ni lujuria de frondas, sino apenas unos árboles frutales, durazneros sobre todo, sobre los bordos de los banales; raquílicas higueras pegadas a los vallados y una ondulante sábana de alfalfa en los medios, que le daban, sin embargo, el encanto de la simplicidad y de una limpieza y claridad apacibles.

Creo que contribuían a ese encanto las bajas paredes de adobe crudo que permitían mirarlo desde afuera; el cerrojo mohoso que sujetaba con una cadena chirriante y desgastada la puerta vieja y polillosa; el nogal enorme que trepaba al fondo

sobre el bardal y la enredadera de rosales que paliaba el rincón más apartado del lugar y, símbolo de coquetería rústica, una cerca de zarcillos cenizos que resguardaban el cantón en una parte abierta y sin pared, derrumbada con el tiempo por las lluvias y la humedad perenne de la acequia cercana.

Todavía me parece vivir aquellos amaneceres translúcidos de junio en que, en ayunas, entrábamos al huertecillo a recoger las gruesas calabazas ocultas entre grandes hojas verdes y flores amarillas que se extasiaban por el suelo, y a treparnos sobre las torcidas cortezas de las higueras para alcanzar las brevas humedecidas por el rocío: ¡qué hartazgos!

Autobús

UNA VIOLENTA RÁFAGA –presagio de una revoltosa tolvenera abrileña– sacude los cristales, empolva los asientos y alborota el pasaje del camión que nos lleva por algún rumbo de la ciudad.

Vuela un sombrero y desde mis pies lo recojo. En mi displicencia me molesta la gratitud de su dueño, y es que me resulta cómodo imaginar que con sólo levantar un brazo tengo en la mano el poder de refrenar la máquina.

Se me ocurre pensar: ¿cuántos litros de sangre llevará consigo ese señor? Y me siento seguro de que nunca le sucedió tal cosa a *Jules Renard*...

La fotografía

ESTA FOTOGRAFÍA, en la que aparezco rodeado de varias personas, que en realidad son mis compañeros de andanzas campiranas, sobre un fondo de manzanos y un cielo azul de julio, me trae siempre que la veo, la vívida impresión del estío; y es que efectivamente, fue entonces que la tomamos.

Los árboles de las huertas se doblegaban bajo el peso abrumador de la abundancia, y el cielo luminoso y diáfano esplendía durante las tardes con un sol reverberante y tórrido. En las noches –transparentes de luna y llenas de murmullos– desde las sombras de las frondas contemplábamos el inenarrable espectáculo del cielo negro, sereno, atiborrado de estrellas titilantes.

Bajo las siestas cálidas, el frescor de las brisas del mediodía tras el chubasco rápido de la estación, era un descanso entre el rigor canicular.

Siempre que vuelvo la vista a ese recuerdo, resurjen en mi memoria las canciones que al alba y después del tráfago de la verbena de nuestra *Señora Santa Ana*, patrona de la heredad, y al pie de las

ventanas coloniales de la casa solariega, entonábamos en coro hacia todos los rumbos de la noche:

*Despierta, mi bien despierta;
despierta que amaneció,
ya los pajarillos cantan;
la luna ya se metió.*

Que en el recogimiento de la hora y con la prolongada vela de la noche, provocaban en nuestros cuerpos calosfríos semejantes a los de las húmedas madrugadas de primavera.

Patio

ESTÁ RECOGIDO, sí, encerrado como un claustro, como un jirón de cementerio, como un patio monasteril. Los rosales, los cipreses, los arriates, las múltiples y variadas flores que se levantan en su reducido recinto, lo perfuman todo y todo lo envuelven en una atmósfera de melancólica reflexión, y la vetusta verja que lo encierra y de la que parte un andador intermedio, contribuyen a darle esa semejanza.

Y lo he sorprendido muchas veces solo, meditabundo, dormido en un perenne sueño de beatitud y de angélica mansedumbre, embriagado por su propio perfume de rosas tardías y a veces, cuando el mal tiempo extiende su túnica funérea sobre el espacio, y se localiza ese clima ambiguo *en que el cielo y la tierra se dan cita*, de que habla *López Velarde*, una tristeza de ultratumba y de grave desolación trasciende al alma, embriagada en su contemplación.

Tal es el patio, sumido en soledad perpetua, que sólo anima la visita de algún piadoso feligrés que llega de tarde en tarde hasta el *Calvario*, la vieja iglesia de que antes hablé.

Anohecida

LAS ÚLTIMAS LUCES se quedan prendidas entre las copas de los árboles, que agitadas levemente por la brisa del atardecer, susurran quedamente.

Mortecinos resplandores de un crepúsculo malva resbalan por los flancos de las sierras lejanas, y una paz infinita, la paz de los *Idilios* de *Virgilio*, envuelve la bucólica llanada. Se hace la obscuridad sobre el bálago.

Esporádicamente, de las alquerías en sombra, se levantan lastimeros balidos de recentales, y cabe la enramada de los árboles, alas trémulas se agitan en el acomodamiento previo al reposo. Negros graznidos de currucas turban el silencio, ya espeso, de la tarde.

Todo está sumido en melancólica dulzura: el cielo de estrellas todavía indecisas, las huertas, las sórdidas construcciones que borran ya sus formas en el lento crepúsculo.

De las lejanas aldehuelas, entre los hálitos dormidos del viento, la melodiosa voz de los zagales

que recogen el ganado enternece el campo, y por entre caminos y veredas de desdibujada blancura, surgen las siluetas de los hombres, como cuando una tarde de *Judea*, por *Emaús*...

Rincón

ESTÁ EN UNA CALLE retirada de la ciudad, pero sobre el trayecto de mi camión diario. Infinitas veces lo he divisado desde la unidad; pero en vez de desgastarse o deteriorarse mi emoción ante su contemplación frecuente, a cada nueva vez se afianza.

Una amiga y yo convenimos en considerarlo como un sitio ideal por su belleza y discreción y nos hicimos sendas promesas de recordarnos a su vista. Por mi parte protesto haber cumplido la promesa; a ella la justifica la ausencia, aunque quién sabe si recordándolo me recuerde también.

Es melancólico y apartado a fuer de ser agreste. Más melancólico que apartado puesto que a su vera transcurre una ruta, y está a simple vista pues es, en realidad, un terreno baldío en el que crecen descuidadamente algunos arbolillos que por su disposición le confieren un especial encanto.

Yo creo que *Verlaine* lo visita con frecuencia ya que él amaba todo lo que fuera triste y este rincón lo es en cierta forma.

Ojalá que la mano del hombre que todo lo compone y descompone, no proyecte tan pronto sus designios en contra de él.

La higuera

ESTE ES EL POEMA de la higuera, de la esbelta y radiosa higuera que por mucho tiempo he visto descolgarse hacia la calle, por sobre el pretil de la chaparra pared, una cuadra abajo de mi casa.

Es verdinegra, moraduzca, de venulaciones amarillentas, nudosa y profusa de fronda.

Por sobre la acera sinuosa, dispareja, sin baldosas, se puede ver un patio interior que cobija su raigambre: es un patio amplio, espacioso, con una sórdida casucha medio cubierta y medio destruida. Sobre su puerta, sostenida por una lámina bisunta, florecen macetones y tiestos raquíuticos como sus moradores y la prole, desgarrada y astrosa, se solaza bajo la sombra ruin de un arbusto que enoja la explanada salpicada de yerba.

Siempre que paso por su frente me llama la atención el ruinoso espectáculo y casi sin querer me levanto de puntillas para curiosear en ese ambiente tan colorido, sin embargo.

Don Alberto, el viejo giboso y usurero que tiene su tendajón pletórico de mercancías

acumuladas en heterogéneo desorden, hubiera cabido perfectamente en aquel medio y yo, para mis adentros, siempre pensaba en su vecindad si no sería suya esa casa.

Espiridiona

LA ÚLTIMA VEZ QUE LA VIMOS mi hermano *Luis Felipe* y yo, fue durante una hermosa mañana abrileña.

Empezaba por doquier a renacer la vida, y en el campo colorido ondulaban al fuerte sol los eriales sobrepujantes de trigo, maíz y hortalizas.

Habíamos salido temprano para visitar a *Espiridiona*, una viejecita pequeña, enteca, que había asistido a varias generaciones de nuestra familia; pero en el trayecto nos detuvimos en la acequia grande que trae el cristalino líquido a lo largo de una madre legamosa y clara desde el lejano ojo de agua de los *Cerritos*, aquel punto del valle —que creo— dio origen a la coplilla que entonábamos antaño en días lluviosos, y que dice:

*Ahí viene el agua,
por los cerritos...*

Y qué deleitarnos siempre en aquel paraje. Sombreado por enormes álamos, siempre era canción de agua allí y siempre gresca de pájaros en las altas ramazones.

Acurrucada en un sórdido camastro, en el interior de un cuartito oscuro, impenetrable, esperaba *Espiridiona*, plañidera y resignada, el momento cercano de su liberación. Su cara rugosa y sus cabellos lacios, completamente blancos, eran apenas visibles en la oscuridad; pero sus ojos, ojos que tanto vieron a lo largo de una vida de trabajo incansable, sí lograban reconocernos, no obstante la nubla zón y humedad que los empañaban y así, en medio de un diálogo difícil y de una lenta conversación, llevamos hasta la viejecita que se consumía de edad, la frescura y luminosidad de un día de primavera, en contraste penoso con el de aquella vida que se apagaba.

El chubasco

NADA HACÍA PRESENTIR la proximidad de aquel chubasco, por más que densas nubes correteaban por el amplio espacio y el trueno rodaba ronco y prolongado sobre la heredad. Las nubes se deshacían tan prestamente, se evaporaban con tal ligereza, que nos animamos a salir de la casa.

Era la hora pesada y tórrida de la diaforesis y el cuerpo fatigado por la enervación del calor sofocante necesitaba la distensión del paseo para reaccionar. Todavía bajo el sol candente del pleno julio, nos alejamos hacia el campo próximo.

Ex abrupto, un enérgico viento huracanado removió el polvo suelto del sendero y un vertiginoso torbellino nos envolvió en su denso velo de sombra, al par que nos sentimos fustigados por enormes gotas de agua turbia que empezaba a caer redonda, caliente, estimulante. El viento, que azotaba furiosamente nuestro cuerpo y nuestra cara, lanzaba pequeños sirgos a nuestro redor. En la agitación de la huida, vacilaban nuestros pies y los animales, asustados, se interponían al paso en medio de la confusión.

La lluvia seguía cayendo intensa, desesperada, y en un segundo nuestra ropa, pegada al cuerpo, escurría por todos lados. Nos refugiamos al resguardo de una pared de la primera casa que alcanzamos; pero de los canales empotrados sobre las rústicas azoteas salía en chorro una agua barrosa y densa que pronto nos hizo seguir el camino hasta la casa.

Pronto la atmósfera empezó a aligerarse y ya desde una ventana entreabierta, en el oscuro recinto, contemplamos cómo se atenuaba a poco el furor del agua, y en el cielo que se despejaba, el brillante sol de estío volvía a refulgir gozoso y satisfecho, con la cara alegre de un chiquillo recién bañado.

Humedad

APENAS EL HILO imperceptible del alambre telefónico corriendo por el valle, subiendo la cuesta prominente del cabezo, sobre el camino de tu voz, me traía, entre la humedad de la distancia mojada de julio, la persistencia de tu ser sobre el fondo inarticulado del momento.

Se prolongaba demasiado el tiempo de tu ausencia para imaginarte en una tarde irreal de nublazones y agua, como una verdad palpitante y cercana a mi mismo ser, aún siendo tu evocación alícuota de mi vida.

Dulce subterfugio de mi anhelo en derrota detrás de la inicua persecución de mi deseo, de la imposible materialización de mi única razón de ser: tu corporeidad íntegra gozando del veredicto de mi tacto, el del hilo telefónico a través del clima lluvioso, trayéndome la noción de tu voz, náufrago en la tarde. Por eso sobre la cortina inconsútil del tiempo tiendo al aire la red adherente de este recuerdo para apresar en él siquiera sea a río revuelto, una nota clásica por fidedigna, que determine el color

de tu voz entre el plúmbago de las nubes demasiado bajas para dejarte ver o demasiado incorpóreas para poder narrar tu matiz entre la sombra de los árboles, que de seguro se derritieron en lágrimas tras el chubasco que te volvió fantasma.

Grata tarde veraniega, ya tan lejana como el poder de hacerte ubicua en el momento de mi presencia deshabitada, y de tu ausencia oscura y mercenaria. Quisiera, para ahogar mi nostalgia de desheredado, sumergir en un baño de *María*, el hisopo de mi conciencia tomada de humedad.

Barriada

BARRIADA CON SOL DE invierno, a las tres, y en compañía de *Enrique Guerrero*, de *Alfonso Gutiérrez Hermosillo*.

Sorda melancolía de las tardes de enero y de febrero en paseos por callejuelas polvorientas y paredes inconclusas, frente al lejano espectáculo de sierras nítidas y caminos carreteros en medio del campo extramuros.

Barriada inequívoca de novela costumbrista, tipo *Blasco Ibáñez*, en la que bien podrían instalar sus barracas perdularias los parias desheredados de la horada anónima. Por ella —estercoleros, cercas, alambradas, gleba intonsa de eriales baldíos— desfila la imagen cruda y realista de la *Mariposa*, la vieja semi bruja que se repite en muchas de estas sórdidas moradas en las que se vive la vida del mendrugo, de la chapucería y del merodeo nictálope; lugar común y repetido de todas las ciudades más o menos cosmopolitas.

Por su serenidad de mediodía y su olvido sávido a nostalgia irrevocable; por su indefensa intimidad

y renunciación de entrega incondicional; por lo que en ella se quedó –¡tardes de *Enrique Guerrero*, de *Gutiérrez Hermosillo*, en deambular giróvago!– y por lo que vino después con “ella”, he de objetivar en este desahogo sentimental, un perenne recuerdo agradecido.

Mario

SE REÍA DEMASIADO fuerte para haber podido vivir mucho.

Era la tierra y a ella regresó muy pronto. Los cuatro elementos en él: la tierra, el agua, el viento, el fuego; sobre todo la tierra.

Debió haberlo presentido todas aquellas veces en que se embriagaba de otoño, de primavera, de estío. Yo con él, muchos otoños dorados: sobre todo aquél del 931, durante las vacaciones. ¡Y mucho campo! Cuántas veces, pegados a la tierra, la reconocimos; ahora volvió a ella inexorablemente.

Recuerdo aquel carrizo, aquel tallo de carrizo: anochecer septembrino en el campo, lejanía de montañas y de cielo, estrellas del precoz otoño, nogalera y alfalfares en sombra crepuscular por la *Hibernia*; aquel carrizo cortado al pasar por el bordo de una acequia profunda, tajo verdoso forrado de jaras; aquel carrizo por el que se hubiera querido ir, sí, como *Pan* por su meliflua avena.

Ya ni trigal, ni hortales, ni alimañas silvestres.
Ya pura tierra, tierra sobre de él, tierra cruenta.

La primavera lo fructifica; el estío lo abraza; el
otoño lo llora.

Promenade

de 3 a 5 p.m.

¡OH *JULES SUPERVILLE*, amigo de una tarde de enero en promenade!

Tú me decías, con tu voz rubia y sonámbula, cosas infinitas que ya no olvidaré, que ya no podré olvidar porque se quedaron, además, con el ensueño radioso de aquel sol que también viste en mi compañía, sobre la dulce campiña.

Grato trajinar desde el camión fantasma por el campo acostumbrado. Lentamente te iba encontrando –¡tan disperso!– y ya no me sorprendía mi sorpresa. Llegué a acostumbrarme a tu compañía improvisada de tal modo, que ya después no supe de mí, preso absoluto de tu voz.

Y digo yo: ¿de qué servía tanta luz, tanta campiña, tanto ciego horizonte? Ni siquiera el acueducto aquél, en el paseo final donde te empecé a comprender –¡Oh sol alpestre!– a las cuatro y media de aquella tarde.

Jules Superville: permite que deposite mi mano cálida y efusiva sobre tu ancho hombro de hombre fuerte; que sacuda vehementemente tu recia complexión para que siga cayendo, como una concesión única y favorita, tu palabra sobre mi pasmo, sobre mi desierto en vigilia, y para que te pueda decir rotundamente: ¡poeta raro!

Jules Superville, amigo de una tarde de enero en promenade: ¡qué imposible volver a ver aquel desfile verde de árboles, de horizontes sin nubes mayores, de calles contritas que apenas cabrían en una pequeña mano; qué imposible olvidarlo todo, como el saludo aquél, furtivo, de la señorita de las vidrieras sonoras de la escuela que nos vio apenas y a quien casi no vimos; qué imposible dejar de pensar en ella sin pensar ya para siempre, en ti!

Plazuela

*¡Soledad de once meses
soñando con las fiestas!*

Gerardo Diego

GEOMETRÍA PRECISA y nítida de los fresnos zancos
–¡y encalados!

Silencio de paseantes entre serena música de frondas, “sólo los chicos ágiles, las recientes doncellas”... y a veces un vendaval que hiere la hojarasca.

¡Oh otoño, oh primavera, oh estío!, ya sé para siempre. Y la sorda maquinación del viento nocturno cuando la luna se columpia en las baldosas. ¡Qué movilidad!

¿Desde qué ángulo se precisa al tedio de tu abandono, sola? Ni el domingo pajarero.

Reclinatorio de doncellas, auditorio fortuito –hay dos pájaros a disposición del cielo en todo tiempo–, agramante de galanes enamorados de la

íntima estrella solar, y hospicio de canes cínicos.

Y yo la puedo transitar aunque rezongue el viento y la lluvia –¡y la lluvia!– se empeñe. Paraguas de los fresnos –son necesarios en el ventarrón.

Que viene agosto. ¿Qué hacías tantos mediodías? ¡Cántaros!

Está lloviendo “a cántaros” y la ducha a los árboles les quitará muchos años de encima o por lo menos el polvo de todas las mañanas insoportables y de las tardes neurasténicas.

¡Y otoño! ¿Qué hoja amarillenta rodó por el suelo?

Ya los fresnos echaron sus raíces al aire.

Y así cada vez. Cada once meses, hasta que lleguen las fiestas y los domingos la noche.

Fresnos.

Se van a morir de aburrimiento.

San Isidro

*San Isidro Labrador
quita el agua
y pon el sol...*

Así DICE el cantar popular.

San Isidro de agua. De agua de toda la tarde, desde el mediodía ignívomo, hasta bien entrada la noche: *San Isidro* de agua.

Casi sin horizontes el valle adentro. Orvallo y luego agua gris, imposible. Y rumorosa en las hojas de los árboles, en los matojos de los pastizales y todavía en la sombra de la noche.

Pero a nosotros casi nos importa poco. Desde dentro en calor de tertulia familiar. Casi a oscuras. Hasta bien entrada la noche, bajo la nueva luz de las estrellas y la borrosa plata de la luna regada entre las nubes.

San Isidro remoto, lejano, de la infancia. Mayo se desazona. Es el mismo de las procesiones, de las andas por el pueblito, en ritual oficio, entonces.

¿Estuviste puntual el domingo en la villa? Domingo de baile, de fiesta regional al Patrono. ¿Volviste a ser aquella de cuando chiquilla o te pasaste el domingo inútil en el fastidio doctoral de la plazuela o en la intimidad privada de tu casa? ¡Pero entonces eras chiquilla!...

San Isidro de agua, de toda la tarde de agua. Se siguen derritiendo en los surcos abiertos los bueyes mansos de *San Isidro*, y como comieron confeti, y flores, y cenas a la kermesse, se pusieron ahitos y hasta el año próximo volverán a salir al campo a mojarse, a refocilarse en la llanada húmeda.

San Isidro de agua, de la villa de *Arteaga*, y una gardenia en la noche de *San Isidro*.

Melancolía

*“...pero quita esa
gente invisible
que rodea perenne
mi casa...”*

GARCÍA LORCA

HAY ALGO ESCONDIDO detrás del aire de hoy. Yo lo siento, lo adivino. Agazapado amenaza invisible con quién sabe qué negra y angustiosa terquedad. ¿Será porque las nubes están demasiado bajas o porque llovió ayer tarde desesperadamente para el valle?

Yo estuve viendo largo la densa atmósfera. Repentinos relámpagos y lívidas centellas se desplomaban sobre el campo, y la sierra, ahumada de brumas, borraba humildemente su mole lejana. Y tú desde mojados cristales rechinantes, frente al desamparo inevitable de los árboles, ¿no sentiste cómo se quejaban dulcemente?

Ahora ha amanecido fresco, pero a lo lejos sigo viendo el penacho negro de las nubes agitadas

descender nuevamente sobre el valle, y de seguro se volverá a mojar el paisaje y toda la tarde.

Y seguirá la lluvia lejana humedeciendo hasta la noche, ¡toda la noche!, y a la nueva alba, el campo otra vez florecerá para tus ojos, y la solitaria coquetería de la amapola silvestre, el jaboncillo inofensivo, las “calabacitas mayeras”, y hasta el marrubio ceniciento en los añojales. Y las ovejas apretujadas contra las paredes, se harán confusión como la tarde de *San Isidro*, bajo el “látigo incisivo” de la lluvia; pero mientras, esta mañana oscura encierra algo en sus entrañas invisibles que yo siento, que yo veo, que yo estoy esperando.

De otoño

“...Navíos estancados
entre las hojas de oro...”

JULES LAFORGUE

Nada más que un viento melancólico de otoño, un viento largo como una medianoche airosa, blanca de luna; acaso un cielo tristemente límpido, y sobre fondo agreste de abetos humedecidos de verde oscuro; quizá nubes borrascosas en lejanía de horizonte amenguado, pero sobre todo, entre pinochas y hojarasca inverniza, tu pequeña alegría, la alegría de tus pequeños, y ¿por qué no?: candela de noviembre al abrigo de la sierra.

Nada más de otoño.

Había senderos tapizados y huella fresca de alimañas por toda la sierra. Pinabetes, cedros...

¡Ah!, pero ya estaba todo demasiado lejano. Ahí no había más que otoño, otoño: *adiós de los adioses*, y un acre olor de tierra olvidada, humedecida.

Yo no lo vi, pero, ¡ah!, ¡tú!

¿Desde cuándo te me estás yendo por aquel recuerdo que me sopla a la cara un aire tibio de confianza? Pero yo estaba tan lejano, tan ajeno a todo aquello, al mismo cielo azul que te vio, al cervatillo aquel que acariciaste con mano segura. Todo eso es propio del otoño.

Pero sólo una fotografía queda.

Yo he ensayado mil modos de recordarlo todo; pero no es más que un viento melancólico de otoño, un resto de octubre difuminado en la distancia, un panorama de llanuras ahogadas entre bocas de sierras; sólo lo que queda de entonces, y la fotografía.

Nada más que un viento melancólico de otoño; un azul sereno de cielo sobre fondo de abetos verde oscuro y acaso nubarrones borrascosos en el rescoldo del poniente.

Sólo eso queda de aquel otoño; de aquel día de otoño.

Tarde

HABIENDO SUCEDIDO en primavera, es indispensable pensarlo con las rosas, los crepúsculos radiosos y la tarde aquella –¡azul!– de paseo vespéral.

Policromía de cielo azul en sol occiduo, de campo y hortales verdes, del recogido vallado húmedo desde el que contemplábamos la agonía de la tarde en la hoguera victoriosa del poniente, hacia los rumbos vagos en la penumbra del atardecer, y sobre el sereno paisaje del valle: sombra de nubes en el suelo, sierras adentro, en el camino distante; lontananza de arboledas.

¡Y la primera estrella!

¿Dónde están todas las rosas de abril?; ¿qué jardín claustral recogió la primera esencia del rosal granate y de la enredadera púrpura? Ambrosía de cálices, delirio de pétalos; sangre de azucenas sobre desmayado altar, nieve de lirios en clorosis consuntas; luto inexorable de cipreses en jardines invisibles bajo tapias lejanos.

Pasa la gente ¡imposible!, por veredas borrosas de arrabal y perfiles de paredes mondas, y desde

nuestro recogimiento vamos encerrando la noche en nuestros ojos, la sombra en nuestros cuerpos, la vida en nuestras venas.

Tarde primaveral de cielo azul, de paisajes atribulados, de presencias serenas de crepúsculos.

¡Tu vestido rosa!

Alba

*“¡Oh pena de cauce oculto
y madrugada remota!”*

GARCÍA LORCA

¡AQUELLA MADRUGADA ella me lloró!

Se abrieron las rosas púberes del alba en un rocío ardiente de lágrimas salobres, y ¡era julio verde!

No sé por qué ventana clareaba tímida luz húmeda de alba estival, ni en qué dormida alcoba.

Quizá, por las calles rurales –¡en la plaza también!– una campánula de oro volcaba su cornucopia fragante en dulce riego de silencios olorosos; rosas de espirituales esencias, jacintos de carne tierna y nardos adolescentes; mirtos y azafranes. ¡Alba, silencio, lloro de requiebros, sollozos, luz, amor!

Madrugada lejana mojada de llanto oculto en virginales almohadas; ternura de cordero en aras y estertor de agonías lentas; ¡alba de julio!

¿Tristeza mundanal? ¿Nostalgia terrenal o congoja mística? Luz de alba en lloro ferviente de mujer, a solas, en la madrugada de julio. Rosas, oro, penumbra y lejanía.

Aquella madrugada –¡julio verde y remoto!– ella me lloró, y la plazuela solitaria –donde mismo– ¡no supo de su llanto!

Lunada

LUNA DE AGOSTO.

Lunada fantástica con luna de agosto y música de lancetas en la noche, desde el huerto. ¡Álamos centinelas!

Ya estaba blanca, desnuda y sonora la noche, en el equinoccio de estío; bajo la luz celeste y vítrea de las estrellas vigilantes: sobre la Cruz del Sur.

En el huerto música de saetas alígeras meciéndose en el blanco espacio dormido y un transparente polvo de luna —¡luna fantástica de agosto!— desparramado bajo el parabrisas del cielo y sobre el regato y el cauce.

En el fondo, lancetas petrificadas sobre el cielo, de álamos centinelas. Y amor, en medio, ¡tú!

Una blanca medianoche estiva: todo el estío inhebrante hasta la carne; la terrible carne.

En el fondo, perennes y petrificados, los álamos sonámbulos desde la música silenciosa del huerto: cigarras y cauces borbotantes bajo los árboles.

En el infinito espacio la noche tendida sobre el
campo, toda desnuda de luna y sonora de cielo.
¡Álamos centinelas!

San Miguelito

SAN MIGUELITO ALTO, emparedado y blanco, entre el barrio –¡Fuero, Vallejo, Barragán!– empedrado y claro de ¡*San Miguelito*!

San Miguelito de la plazuela mustia y apagada: bugambilia en el kiosco, y la enlutada desconocida que yo alguna vez seguí.

Arena y baldosas agrietadas con hierba de tiempo y rapaces recientes. Y el buen *David* de la novia burguesa frente a frente a la plaza, desde su casa verde y hermética.

San Miguelito de la gente piadosa, beata: al rosario, la novena, el viacrucis, el apostolado; las parejas atisbadoras desde tímida distancia, luego de salir de la misa –bajo el sol amarillo y fuerte de las doce; todos los domingos.

San Miguelito de las tardes soñadoras, a la hora calculada del crepúsculo, sobre los altos fresnos y las acacias románticas, y en la noche húmeda de parejas.

¡Olor a piedra olvidada, a polvo y a grisú; a tiempo mojado en el tapial adjunto y a cal y a hiedra solapadora; olor a negro olvido, oblato y celosía; olor a penitencia y a sotana!

Los cipreses del patio –¡hermanazgo de cementerio!– el campanario alto y puro recortado en el cielo intenso.

San Miguelito de la ignorada infancia: palomas en la mano, catecismo, escapulario y churumbela para tantos niños, en la Mesa Eucarística.

San Miguelito cérico en las procesiones, en el presbiterio, en el confesionario oscuro; sacristía y coro estremeciendo altares. ¡Primera comunión y viático definitivo!

San Miguelito eterno y recordado en mí como una forma, como un deseo inacabado, como una nostalgia necesaria.

San Miguelito del barrio empedrado y claro de *San Miguelito* ¡Fuero, Vallejo, Barragán!– de la blanca y bella *San Luis Potosí*.

Cementerio

*“Dámelos en el crítico
umbral del cementerio”*

HABLO DE AQUEL pequeño cementerio dormido dulcemente –¡olvido!– en la suave colina en que descansa tu callado pueblito, por el rumbo de los álamos –¡desfile sonámbulo!– que se cayeron sobre el valle.

Es sólo cal, humeante cal, desde lejos. Cal de la soledad y del fósforo humano, nocturno, eterno; pero, ¡cruel!

Desde el alba viscosa, chorreante, húmeda de bruma ignota, hasta el sol tremante, crudo, del valle, en el mediodía –¡hervor profundo en sus cavernas!– el mediodía del campo y hasta la noche lóbrego y abandonado; la larga noche del campo; estrellas y perros nocturnos, fuegos fatuos lívidos y presentidos.

Sí, la vida de todos los tuyos, hasta tu propia vida.

¡Olvido cruel, insoportable, tenso!, a pesar de los mirtos, de las amapolas, de las fétidas flores –¡jacintos de duelo!– y de los mismos cipreses calculados. Nada de eso consuela; ni la música del campo, cósmica.

Cementerio cruel: enemigo de siempre, y sin embargo, tan urgente, sí:

*¡Oh mort
quand viendras tu
sans rival en attraits,
sur mes myrtes infects
enter tes noir cypres...*

Pero sólo en ti, en el campo, pequeño cementerio olvidado en tu agrio sabor de lluvia negra, triste, de lluvia nocturna hasta el alba lenta-oscura.

Cementerio: en tu cal nívea, en tus paredes bajas, humildes; en tus zacates secos, rampantes; en tu tierra fértil; en tus tristes flores; entre tus lápidas deslustradas por el sol del campo y la lluvia nocturna, déjame pensar, mientras mi hora, en el sueño azul de aquel adolescente –¡pájaros, alegría, sol!– que te fueron a entregar después de aquella noche airosa y agorera, de aquel marzo ya remoto de luna blanca y grumosa.

Siete Palabras

en Ramos Arizpe

¡SAN NICOLÁS TOLENTINO!

Parroquia, sol y manzanilla; y en la sacristía piadosa propaganda y sórdida ilustración de imágenes: un *San Juan Bautista* espurio, deforme y apresurado. Cristos, breviarios, pila bautismal en ingenua amalgama.

Viernes Santo en la villa: gólgota pobre y un profundo, embriagante aroma de manzanilla. En todos los ámbitos. *Cuaresma*; *Semana Santa*: *Siete Palabras* sobre la gente humilde, rústica, piadosa; aglomeración y tumulto.

Mujeres enlutadas; negras doncellas aprendices; niñas sorprendidas, y sollozante orar entre la liturgia y los oficios.

La tragedia universal; el calvario ecuménico en un soleado y risueño rincón del mundo. Manzanilla, cera, cal de paredes altas, mujeres sencillas.

Luto solemne, De Profundis en el Coro y dominante, embriagador aroma de manzanilla fresca, silvestre: agrio incienso de *Viernes Santo*; tragedia ecuménica en el sórdido tabor de una parroquia humilde.

¡San Nicolás Tolentino!

Índice

Presentación	5
Introducción	11
Unas letras a <i>Juan Ramón Jiménez</i>	15
Propósito a <i>Francis Jammes</i>	17
Gabriel Miró	21
El Calvario	23
El Fortín Carlota	25
El Cerro del Pueblo	27
La trilla	29
Enramada	31
La recolecta	33
Bochorno	35
El huizache	37
Las trancas	39
El estanque	41
Higueras	43
El portal	45
Perfecto	47
El peón	49
Burreros	51

El huertecillo	53
Autobús	55
La fotografía	57
Patio	59
Anochecida	61
Rincón	63
La higuera	65
Espiridiona	67
El chubasco	69
Humedad	71
Barriada	73
Mario	75
Promenade	77
Plazuela	79
San Isidro	81
Melancolía	83
De otoño	85
Tarde	87
Alba	89
Lunada	91
San Miguelito	93
Cementerio	95
Siete Palabras	97

Prosas olvidadas
Estampas y recuerdos

RAFAEL DEL RÍO

Esta obra fue editada por el Consejo Editorial del Estado
e impresa en sus Talleres Gráficos

“Profr. Arturo Berrueto González”

Enero de 2019

El tiraje fue de 1000 ejemplares



Rafael del Río Rodríguez
(Saltillo, Coah., 1915-Torreón, Coah., 1979)

Poeta. Alumno del Ateneo Fuente. Realizó estudios en la Escuela de Derecho de San Luis Potosí. Trabajó durante siete años en casas bancarias de la Ciudad de México; su estancia en ese lugar le permitió relacionarse con escritores y artistas. Formó parte del cuerpo de redacción de la revista *Letras de México*. Colaborador de la publicación *Papel de Poesía* que se distribuía en países de América. En 1944 decidió radicar en La Laguna. Maestro en la Preparatoria Venustiano Carranza. Poeta con un gran dominio de la imagen y la palabra, autor de los libros *Antena* (1937), *Estío sin ella* (1938), *Un otoño* (1941), *Sitio en la rosa* (1945), *Poesía mexicana contemporánea* (1955), *Épica del desierto* (1955). Participó en el surgimiento, en 1951, del Liceo Lagunero, grupo cultural torreonense que alentó el nacimiento de la revista *Cauce*. Fue articulista del periódico *El Siglo de Torreón*. En la Calzada de los Escritores de la Alameda Zaragoza, el ayuntamiento de Torreón erigió un busto en su honor.

SC SECRETARÍA DE CULTURA

Clásicos
COAHUILENSES
DE BOLSILLO

